



Cambios recientes y perspectivas del sistema político mexicano



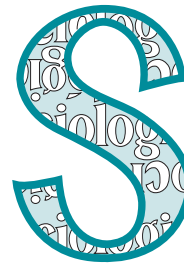
Sociológica, año 16, número 45-46, pp. 143-169
Enero-agosto de 2001

La derrota del partido gobernante en México: la campaña presidencial del PRI *Francisco Reveles Vázquez**

A Claudia

RESUMEN

En este artículo se estudian tres elementos claves para comprender la derrota del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en las elecciones presidenciales del 2000 en México. En primer lugar se aborda la dinámica de las fracciones internas a raíz del debilitamiento de la institución presidencial y de su influencia en la toma de decisiones del partido; dinámica que se destaca por su constante confrontación. El segundo elemento a estudiar (derivado del anterior) es la conformación de una coalición dominante poco cohesionada e inestable, que tiene a las escisiones como expresión fundamental. El tercer elemento en estudio es la falta de definición de una oferta electoral diferente al proyecto del gobierno en funciones, con lo cual el partido se erigió en garante del orden establecido y poco dispuesto al cambio.



* Profesor de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos en Docencia en Ciencias Sociales 2000, freveles@correo.unam.mx

INTRODUCCIÓN

EN ESTE trabajo hacemos el análisis de la campaña presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI), tratando de explicar las razones de su derrota. Buscamos abordar la dinámica intrapartidista para establecer los elementos que pudieron haber influido en el resultado de la elección. Inicialmente se tratan las diferencias que existen en el interior de la burocracia política con el método de selección de candidato y luego con las estrategias seguidas en la etapa de proselitismo. En esencia lo que se pretende establecer es la falta de cohesión de la coalición dominante del partido. Por otra parte, también nos centramos en el estudio de las propuestas y promesas de su candidato, con el fin de resaltar sus líneas de continuidad con la política del gobierno zedillista y la ausencia de un proyecto político acabado. Hacemos énfasis también en la reordenación de la campaña en la recta final y apuntamos cómo, a pesar de contar con una gran cantidad de recursos de diversa índole, el PRI no pudo conservar el poder a causa de un notable arrastre del candidato de la Alianza por el Cambio. Al final estudiamos brevemente los resultados del 2 de julio del 2000, con el fin de esclarecer el grado de retroceso electoral del otrora partido hegemónico.

Nuestro marco teórico general se fundamenta en tres cuestiones: la primera tiene que ver con el estudio de una parte del proceso de desinstitucionalización que vive el Partido Revolucionario Institucional (ante la disminución del poder de su institución patrocinadora); una segunda alude a las fracciones políticas, pues además de que se parte de la tesis de que en todo partido hay una lucha por el poder

interno que ocurre en razón de las fracciones políticas existentes, en el caso del PRI la debilidad del patrocinio genera el fortalecimiento de los grupos internos que desean redefinir el rumbo de la organización; la tercera se refiere a la oferta neoliberal del candidato en su campaña de proselitismo, que le impidió ser garantía de cambio para amplios sectores de la sociedad.

Para el estudio del proceso organizacional recurrimos a Angelo Panebianco (1990) y su modelo de análisis. Para el asunto de las corrientes echamos mano de la tipología Giovanni Sartori (1992), que comprende cuatro dimensiones básicas: estructura, motivación, actitud e ideología. Se notará más adelante que agregaremos una dimensión más que es la ubicación geográfica de los grupos, pues en nuestro caso han tenido un peso real en la nueva dinámica partidista. Finalmente, para definir el tipo de oferta electoral apelamos a las definiciones de Anthony Giddens (1996) y Macridis y Hulliung (1998) sobre el neoliberalismo.

En esta misma línea buscamos analizar el tipo de dirigencia que surge a raíz de la sucesión presidencial del año 2000, por lo que utilizamos la noción de coalición dominante que aporta Panebianco.

LOS SALDOS DE LA ELECCIÓN PRIMARIA: FRACCIONES Y COALICIÓN DOMINANTE

El proceso de selección de candidato presidencial en el PRI fue marcado por la división de su coalición dominante en todo momento.¹ Desde que los priístas comenzaron a mirar la campaña mediática de Vicente Fox a partir de julio de 1997, surgió la inquietud por hacer que el partido diera una respuesta inmediata. A pesar de todo, el presidente de la República, Ernesto Zedillo Ponce de León, definió el panorama

¹ Panebianco habla de la presencia, en todo partido, de una *coalición dominante*. Explica que en la toma de decisiones participa no sólo el líder del partido (ni siquiera en los de tipo carismático) sino todos aquellos que controlan las zonas de incertidumbre. La coalición puede estar integrada por cuatro actores básicos: a) dirigentes del partido; b) grupo parlamentario o los miembros con cargos en el gobierno; c) dirigentes intermedios o locales; d) dirigentes de la institución patrocinadora. El tipo de coalición dominante determina la estructura organizativa. Para definir el tipo es preciso reconocer su grado de cohesión, su grado de estabilidad y "el mapa de poder a que da lugar en la organización" (Panebianco, 1990: 92).

hasta marzo de 1999 cuando anunció el tipo de mecanismo que se llevaría al cabo para postular al aspirante a ocupar la silla presidencial.

Entre estas dos fechas (julio de 1997 y marzo del 1999) las fracciones estuvieron esperando la realización de la XVIII Asamblea Nacional para efectuar los ajustes necesarios al orden estatutario y eliminar así los llamados “candados”, dentro de los requisitos para ser candidato presidencial.² El titular del Ejecutivo, optó por mantenerlos tal como estaban; de este modo quedaron fuera de la competencia interna varios de los más influyentes miembros de su gabinete económico. Ninguno de sus más cercanos colaboradores cubría el perfil: “cuadro, dirigente, haber ocupado un cargo de elección popular y tener diez años de militancia” como rezaban los estatutos. En consecuencia, los “candados” liquidaron a “la generación del cambio”, aquella que había impulsado decididamente el ajuste estructural de la economía desde 1982 y que había vivido su mejor época en el sexenio salinista.³

La candidatura se determinó mediante consulta directa a la ciudadanía (que no a la base, como estatutariamente debió realizarse). En ella compitió el secretario de Gobernación, Francisco Labastida,

² En todo partido la lucha por el poder se da entre las fracciones, que pueden ser definidas si se consideran cuatro dimensiones de análisis: 1) la dimensión de organización, es decir, si la fracción está organizada o no; 2) la dimensión motivacional. Las fracciones se pueden clasificar en función de los motivos que las llevan a constituirse en grupos internos. Se aprecian dos tipos: fracciones por interés y fracciones por principios; 3) la dimensión ideológica, que se deriva (hasta cierto punto) de la motivacional. La diferencia entre ambas radica en que mientras que en ésta el *continuum* va del desinterés (fracción ideológica) al egoísmo (fracción por poder), en aquélla el *continuum* abarca del fanatismo al pragmatismo. En esta dimensión se distinguen dos tipos de fracciones: ideológicas y pragmáticas. Las primeras se pueden clasificar como fanáticas (extremadamente ideológicas) o como fracciones por principios (coherentes y consecuentes ideológicamente). Las pragmáticas se reconocen por su practicismo o activismo, por su falta de planteamientos doctrinarios; 4) la dimensión izquierda-derecha. Aunque en realidad es poco útil, escribe el autor, no se descarta en la medida en que es la más evidente, la más fácil de identificar. Sartori indica que se podrían agregar los siguientes criterios: a) la composición de la fracción; b) el papel que desempeña, ya sea como apoyo a otra u otras más fuertes o grandes o como fracciones de veto frente a ellas; c) el tamaño de la fracción; d) su estabilidad-perdurabilidad. Una fracción puede “medirse” por “el porcentaje de votos o de puestos controlados dentro del partido, en el parlamento y en el gabinete”. El segundo aspecto se aprecia por el tiempo de existencia y además por el tipo de organización y el grado de cohesión ideológica que tenga (Sartori, 1992: 102-109).

³ A esta fracción se le calificó como tecnocrática, en razón de su poca presencia en el partido, su falta de experiencia en cargos de elección popular, su relativa juventud y principalmente su formación profesional en economía en el extranjero. Siguiendo la tipología de Sartori, esta corriente contaba con una estructura pero fuera del partido, es decir, en el aparato estatal, su motivación era el poder, su actitud fanática (o sea, sumamente ideológica a favor del credo neoliberal) y una posición de derecha.

quien apareció como el precandidato favorito del presidente Zedillo, ante tres adversarios: Roberto Madrazo Pintado, gobernador de Tabasco, Manuel Bartlett Díaz, ex gobernador de Puebla y, en un plano secundario, Humberto Roque Villanueva, ex dirigente del PRI a principios del sexenio.

Dadas las características de los dos principales contrincantes de Labastida, es notable la creciente influencia de este tipo de liderazgos locales en la clase política priísta. Desde los intentos de modernización impulsados por el entonces presidente de la República, Carlos Salinas de Gortari, y Luis Donald Colosio, como dirigente nacional, se ha visto en el partido una mayor influencia de los gobernadores en la dinámica interna (Langston, 1996 y 1997). Esto también fue estimulado por lo que Zedillo denominó como la “sana distancia” entre ambas instituciones y porque buena parte de las candidaturas a gobernador en el sexenio zedillista se determinaron mediante consulta directa a la ciudadanía. También deben considerarse las derrotas electorales padecidas ante el Partido Acción Nacional (PAN) o el Partido de la Revolución Democrática (PRD), las cuales permitieron que, al fin, el partido fuera el espacio de construcción y determinación de los candidatos a cargos de elección popular y no la institución presidencial.⁴ Justamente en este aspecto radica el proceso de desinstitucionalización del partido, por el disminuido papel que la institución presidencial, es decir, la institución patrocinadora, ha jugado en los últimos tiempos (Panebianco, 1990: 127). Al perder su principal fuente de liderazgo, el partido experimenta una serie de transformaciones que tienen que ver con la dinámica de sus fracciones y las dificultades de construcción de su coalición dominante, o sea de una real dirigencia interna que defina todo lo que antes definía el presidente de la República.

El mecanismo de recuento de votos por distrito en la selección interna fue escogido precisamente para evitar que el liderazgo local de su más fuerte adversario pudiera triunfar ante el candidato “del centro”. La holgura del triunfo de Labastida, sin embargo, hizo que el mecanismo resultara innecesario. Pese a ello, Roberto Madrazo se erigió como representante de los priístas inconformes con los mecanismos tradicionales de toma de decisiones al calificar a Labastida

⁴ Sobre los comicios internos véase Reveles Vázquez (2001).

como el candidato del presidente u “oficial” y al cuestionar los apoyos de la estructura partidista en su favor.

Después del 7 de noviembre de 1999, sin participar en el equipo de campaña, Madrazo regresaría a culminar su labor de gobernador y desde ahí apoyaría activamente la campaña de su partido en su estado, a tal grado de conseguir una de las votaciones más importantes el dos de julio del 2000.

Por su parte, sin mayores críticas al resultado de la contienda, Bartlett y Roque fueron postulados más tarde como candidatos al Senado de la República por el principio de representación proporcional.

Si se mira con detenimiento este proceso interno, se notan dos grandes fracturas en el bloque de la clase política priísta: la primera a causa de los candados (en buena medida producto de los militantes del partido y no de su máxima dirigencia, cercana al presidente de la República) mediante los cuales se desplazó a los principales tecnócratas en la carrera por la Presidencia; y una segunda debido a que la estructura del partido (controlada por el Ejecutivo federal) no actuó imparcialmente en la contienda interna y mantuvo a raya al precandidato tabasqueño. De tal suerte que, si bien un tecnócrata “puro” no llegó a ser candidato, sí lo fue alguien cercano al presidente Zedillo. Mientras tanto los liderazgos más fuertes en el plano regional se vieron desplazados cuando los candados (curiosamente) parecían haberles abierto la puerta a la candidatura.

Junto con estas fracturas hubo fisuras que contribuyeron a menguar la fuerza del partido en la contienda del 2000. La más importante se refiere a los sectores sociales del PRI. El corporativismo estatal, uno de los pilares del régimen político autoritario, había sido afectado por las políticas de ajuste estructural y por los intentos del salinismo por modernizar las estructuras de sindicatos y organizaciones campesinas controladas por viejas y tradicionales dirigencias subordinadas al gobierno. En el ámbito electoral, las cuentas rendidas por los sectores no eran satisfactorias: el resultado de 1997 y de muchas elecciones locales entre 1996 y 1999 así lo demostraron. Lejos de ser las bases sociales que el partido requería para enfrentar a sus enemigos electorales, los sectores se convirtieron en motivo de preocupación para sus dirigentes (cf. Morris, 1995: 84-88). Por eso se les había tratado de eliminar con la implantación de la estructura territorial.

Labastida conformó su equipo básicamente con la gente que había colaborado con él durante su gestión en la Secretaría de Gobernación.

En el PRI, recuperando una vieja tradición del partido, Zedillo y Labastida optaron por cambiar de dirigente nacional sin necesidad de convocar a una participación más amplia y democrática, tal como se había tratado de hacer para seleccionar a José Antonio González Fernández.⁵ El lugar de éste fue ocupado por Dulce María Sauri como presidenta nacional, mientras que Esteban Moctezuma, secretario de Gobernación a principios del sexenio y secretario técnico del Consejo Político Nacional (CPN) del partido, fungió primero como secretario general y después como coordinador de la campaña presidencial. Emilio Gamboa Patrón, ex secretario particular de Miguel de la Madrid cuando era presidente de México, fue designado secretario técnico del CPN.⁶

La campaña de Labastida comenzó con este equipo, pero pronto los cambios fueron indispensables. Ante los embates de los abanderados de los otros partidos, principalmente de Vicente Fox (candidato de la Alianza por el Cambio, integrada por el Partido Acción Nacional y el Partido Verde Ecologista de México [PVEM]), el candidato priísta fue ubicándose cada vez más a la zaga, sin poder remontar el largo trecho que le llevaba de ventaja el panista por haber comenzado su proselitismo desde 1997.

La estrategia escogida por Labastida fue contestar una a una las propuestas, promesas o descalificaciones del panista. Esta estrategia fue ineficaz, como pudo verse en los dos debates públicos realizados

⁵ El propio González Fernández aceptó la participación del presidente Zedillo en el cambio de dirigencia cuando afirmó en entrevista de prensa: "Creo que el presidente de la República, en sus reflexiones, vio que esa etapa (como dirigente del PRI) terminó y ahora me da esta nueva encomienda, que asumo con mucho gusto..." (*La Jornada*, 2 de diciembre de 1999: 16).

⁶ En las principales carteras del Comité Ejecutivo Nacional (CEN) estuvieron José Guadarrama Márquez como secretario de Operación y Acción Política y Carlos Almada en la Secretaría de Elecciones, quien fue ratificado en el cargo. Adolfo Orive, con un pasado de izquierda en el sector campesino y que había sido jefe de asesores de Labastida cuando éste era secretario de Gobernación, se ocupó de presidir la Fundación Colosio (la cual formularía el Programa de Gobierno 2000-2006); Manuel Cavazos Lerma fungió como coordinador Nacional de Evaluación; Jorge Alcocer, ex integrante del PRD y subsecretario de Desarrollo Político en Gobernación, se convirtió en coordinador de asesores del candidato presidencial. El vocero de la campaña fue otro de sus colaboradores, Fernando Solís Cámara (quien pronto dejaría el cargo por su ineficiencia). En el manejo de las finanzas, se designó al ex dirigente empresarial, Eduardo Bours. En otras carteras de menor rango figuraron Sabino Bastidas, Blanca Esponda y Amado Treviño, quienes fueron ratificados como secretarios adjuntos de la Presidencia; a Gestión Social llegó Mario Luis Fuentes y a Acción Indígena, Cirila Sánchez; Salomón Díaz se encargó de la Coordinación de Asuntos Jurídicos, Ignacio Lara tomó posesión como coordinador de Prensa (aunque después, por motivos de salud, sería sustituido por Marcos Bucio) y Francisco Guerrero como director del ICADEP.

en la campaña. Si en el primero el propio candidato reconoció no haberlo ganado, en el segundo el empate que se dio finalmente se le revirtió al priísta en una derrota; él era el enemigo a vencer, no el candidato con posibilidades de triunfo, y no ganó. El resultado de los debates y el ascenso de Fox en las preferencias de los ciudadanos (según encuestas de diversa fuente) dieron como resultado la necesidad de integrar a algunos representantes del “viejo PRI” al equipo de campaña labastidista y fortalecer al partido en la labor de proselitismo.

Durante la precampaña y la campaña, Francisco Labastida manejó la idea de que el partido pasaba por una profunda reestructuración. La frase de “un nuevo PRI” se convirtió en el lema de las primarias. El propio candidato se encargó de reiterarla sistemáticamente; inclusive en el primer debate utilizó el término de *viejo PRI* equiparando a Fox con el priísmo del pasado.⁷ Paradójicamente fue a partir de la ausencia de triunfo en este debate cuando Labastida se vio en la necesidad de integrar a varios de los liderazgos tradicionales del partido a su equipo y a hacerse cargo él mismo de su campaña (y no su coordinador oficial, Esteban Moctezuma).⁸

Manuel Bartlett fue nombrado coordinador de las campañas (presidenciales y locales) en los 10 estados donde el partido era oposición (a saber: Tlaxcala, Baja California Norte, Baja California Sur, Guanajuato, Nuevo León, Querétaro, Zacatecas, Jalisco, Aguascalientes y Nayarit).

Su nombramiento no era gratuito: como gobernador de Puebla, Bartlett había enfrentado a un poderoso panismo local que estuvo a punto de ganar las alcaldías más importantes de dicha entidad y con ello ubicarse en la antesala del Palacio de Gobierno. El entonces Ejecutivo local ejerció una gran influencia en el partido y utilizó todos los recursos gubernamentales para derrotar al PAN y acotar su influencia a unos cuantos municipios. Bartlett había manifestado su concepción

⁷ Labastida en el primer debate público dijo: “Vicente: haces sin lugar a dudas muchas promesas, pero me recuerdas al viejo PRI; hablar de cambio es muy fácil, producir el cambio no” (*La Jornada*, 25 de abril del 2000: 5).

⁸ La tendencia de los políticos tradicionales fue identificada por muchos con el “viejo PRI”. Si recurrimos de nuevo a Sartori, integra a diversas fracciones que tienen en común las características siguientes: cuentan con una organización básica (los más fácilmente identificables son los sectores corporativos); sus motivaciones giran alrededor del reparto de “despojos” del poder, o sea de unos cuantos espacios (como una candidatura y no una Secretaría de Estado); son pragmáticos pues negocian o se disciplinan fácilmente ante el presidente de la República; y su posición parece ser de izquierda por su jerga obrerista, campesinista o popular, o por su experiencia electoral o de ejercicio gubernamental.

de este partido como la derecha más recalcitrante y había expresado su rechazo a cualquier tipo de negociaciones con sus dirigentes, particularmente en el ámbito electoral. Su designación suponía el endurecimiento del PRI frente a una creciente ofensiva del candidato de la Alianza por el Cambio.⁹

A Humberto Roque Villanueva se le asignó la tarea de revisar la oferta electoral de la Alianza por el Cambio y la de su candidato, con la intención de poner en evidencia su carácter conservador y de resaltar la de su propio partido. También en este caso el encargo tenía razones de peso: como dirigente nacional del PRI, Roque Villanueva se distinguió por asumir con determinación una posición militante y por utilizar estrategias de lucha contra el PAN y el PRD que llegaron a catalogarse en un nivel muy bajo. La “reacción” o la izquierda fueron indistintamente los blancos preferidos de las agudas críticas de Roque y las estrategias seguidas en su gestión permitieron evitar una drástica caída electoral en 1997. Ese año, el PRI conservó su carácter de fracción mayoritaria en la Cámara de Diputados y la mayoría en la de senadores. La derrota en el Distrito Federal (D.F.) no fue en modo alguno atribuible a la dirigencia nacional sino más bien a la fortaleza de la misma opción triunfadora y a la debilidad del PRI del D.F. Pese a las pérdidas, los resultados de Roque representaban buenas cuentas frente a dos fuertes partidos de oposición.¹⁰

A partir de estos cambios en el equipo, Moctezuma planteó tres ejes sobre los cuales giraría la labor de proselitismo: 1) la democratización del partido; 2) el combate a la corrupción y 3) la cercanía con la gente. Desde entonces al abanderado tricolor se le vio más en lugares controlados por los gobernadores más poderosos del partido: Estado

⁹ Bartlett afirmó: hay que “clarificar posiciones: que el PAN es la derecha ... y el pueblo debe saberlo, que son el conservadurismo, que no preservó ni su candidatura presidencial, y que son un proyecto peligroso” (*La Jornada*, 3 de mayo del 2000: 10).

¹⁰ Hubo otros cambios en el equipo: el coordinador de campaña, Esteban Moctezuma, fue relegado a un segundo plano y en su lugar se perfiló Jesús Murillo Karam como secretario general adjunto del CEN. La labor del primero no había tenido buenos resultados y además se le identificaba como hombre leal al presidente de la República y no tanto al candidato. Para muchos Moctezuma era uno más de los tecnócratas que se habían distanciado del partido. Por su parte, Murillo Karam había sido gobernador de Hidalgo, subsecretario de Seguridad Pública de la Secretaría de Gobernación y luego subsecretario de Gobernación de la misma Secretaría con el propio Labastida. En lugar de Solís Cámara, Emilio Gamboa Patrón, secretario técnico del CPN, se hizo cargo de la política de medios de comunicación. Manlio Fabio Beltrones fue designado como responsable de la Comisión de enlace entre el comité de campaña y el CPN.

de México, Tabasco, Yucatán, Oaxaca, fueron todas entidades donde ya no plantearía una crítica al “viejo PRI” sino que buscaría amarrar acuerdos para una mayor proyección de su campaña. De ahí surgió un programa de promoción del voto cuyos responsables serían precisamente los gobernadores.¹¹ El candidato trataba de asegurar los votos de los militantes de su propio partido.¹²

Inicialmente los dirigentes confiaban en la estructura territorial y en los 10 millones de electores que participaron en la elección primaria del 99. Pero mientras que las encuestas evidenciaban tan sólo un estrecho margen entre el PRI y la Alianza por el Cambio, el partido aún gobernante estableció que era necesario buscar el apoyo tanto de los militantes priístas como de los simpatizantes de la sociedad civil. Desde el principio de la campaña se creó una instancia con este fin denominada Redes 2000, que pretendía atraer a organizaciones no gubernamentales y simpatizantes externos al partido.¹³ Esta estrategia se reafirmó luego del segundo debate pues era indispensable incrementar el margen de ventaja que tenía el candidato priísta ante Fox.¹⁴

Labastida y su partido impulsaron también un programa de promoción del voto entre los servidores públicos, ante quienes se com-

¹¹ El 29 de abril del 2000, Labastida anunció que desde ese momento los 21 gobernadores harían campaña en sus estados y serían responsables de un operativo nacional denominado “Multiplicación de células”, e incluso se les autorizó capitalizar electoralmente programas sociales como el Progresá, aunque siempre respetando la ley. Las células se integrarían con diez ciudadanos, con un priísta como coordinador que además supiera manejar internet, para hacer campaña también con ese medio. El PRI se aseguró de señalar que si bien los coordinadores no debían ser funcionarios públicos, sí debían obedecer las órdenes de gobernadores y de los secretarios de Gobierno en cada entidad (*La Jornada*, 20 de abril del 2000: 3).

¹² En una entrevista al periódico estadounidense *The Washington Post*, Labastida afirmó: “Voy a regresar a los orígenes de nuestro partido y su compromiso con los pobres”. Explicó que la táctica de presentar al tricolor como un “nuevo PRI” había provocado que una parte de su organización se marginara de la campaña, “por eso ahora estamos incorporando a todo el partido para ganar las elecciones” (cf. *Reforma*, 14 de junio del 2000: 8a).

¹³ Redes 2000, coordinada por María Teresa Uriarte, esposa de Labastida, contaba con 13 mil promotores y buscaba atraer 3 millones de sufragios en favor del PRI (cf. *Reforma*, 18 de marzo del 2000: 6a).

¹⁴ Labastida afirmó que en el último tramo de campaña se buscará “un contacto más intenso con la sociedad civil y un trabajo de mayor cercanía con la estructura de nuestro partido” para que “abramos la diferencia sobre la segunda posición y tengamos un triunfo con más del 50% de los votos. Según el PRI, su voto duro era de 34% y sólo la sociedad civil podría aportar el resto, por lo cual el proselitismo debía dirigirse a ambos sectores (*Reforma*, 4 de mayo del 2000, 4a).

prometió a hacer proselitismo sin cometer delitos electorales.¹⁵ Por si fuera poco, el propio presidente de la República estableció con claridad su preferencia por Labastida.¹⁶ Continuamente estuvo manifestando su punto de vista sobre la campaña, los discursos de los candidatos (en especial haciendo críticas al candidato panista) y ensalzando la imparcialidad de los órganos electorales y garantizando la limpieza de la contienda. Y reiteradamente aseguró que no habría cambios en la política económica, ganara quien ganara.¹⁷

El proselitismo del presidente de la República no cesó ni siquiera ante una petición de parte del Consejo General del Instituto Federal Electoral (máximo órgano electoral) para que se cancelara cualquier tipo de propaganda gubernamental un mes antes de la jornada de votación. Con todo y el desplazamiento de Esteban Moctezuma, el presidente nunca dio muestras de estar en contra del abanderado tricolor.

Desde el día de su triunfo en los comicios internos, Labastida se deslindó del “camino de Salinas de Gortari” y adoptó como suyo lo que consideró el ideario de Luis Donald Colosio (el candidato presidencial priísta asesinado en 1994).¹⁸

¹⁵ El programa fue conocido como Programa Nacional de Servidores Públicos Priístas, con él se buscaba comprometer 3 millones de votos aproximadamente. La estrategia consistía en difundir las obras públicas como resultado de la gestoría del PRI. Carlos Armando Biebrich, subsecretario del Trabajo de la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, fungió como coordinador del programa (*La Jornada*, 14 de mayo del 2000, 5). Cf. una síntesis de los lineamientos a seguir por los funcionarios públicos definidos por el PRI en *Reforma* (6 de junio del 2000, 4a).

¹⁶ En una entrevista al influyente diario suizo *Neve Zurcher Zeitung*, el presidente afirmó: “Labastida tiene todo mi apoyo para los comicios presidenciales”. También dijo que: “A través de las primarias se modificó mi liderazgo (en el partido), ya que lo comparto ahora con Labastida. Él es totalmente independiente y actúa conforme a su conveniencia.” Finalmente también sentenciaría que cualquier candidato que gane “difícilmente podrá cambiar el rumbo que sigue el país, tanto en lo económico como en lo político” (*La Jornada*, 28 de enero del 2000: 10).

¹⁷ Zedillo indicaba que entre los candidatos presidenciales no había disidencia contra la política económica. Por estrategia la critican, pero terminan avalándola, señaló (*La jornada*, 24 de mayo del 2000: 10). También en repetidas ocasiones, en clara alusión al candidato de la Alianza por el Cambio, cuestionó la demagogia (cf. la nota de *Reforma*, 5 de mayo del 2000: 7a).

¹⁸ A lo largo de la campaña mencionó en repetidas ocasiones a Colosio. En el 71 aniversario del partido, como único orador, señaló: “El México con hambre y sed de justicia que describió Luis Donald Colosio (hace seis años) prevalece y es responsabilidad del PRI... dejemos de hablar sólo de buenas cifras en la macroeconomía. Vamos hablando de buenos resultados para los trabajadores y los campesinos, para las mujeres y los jóvenes, para las clases medias y el pequeño y mediano empresario.” Recordó los 10 millones de votos de la elección primaria y finalmente afirmó: “...fue nuestro partido el que impulsó y apoyó los cambios que permitieron el surgimiento de la nueva etapa de pluralidad y competencia política” y vaticinó

Labastida nunca esclareció el “ideario” colosista pero expresó su distanciamiento con el ex presidente Carlos Salinas de Gortari. Sin lograr reconocer que ambos, Colosio y Salinas, representaron siempre a una misma fracción política que compartía un proyecto de nación, Labastida colocó al primero como un mártir del partido cuyos ideales tenían que ver con el sentir de las mayorías.

Pese a las críticas a Salinas de Gortari, Labastida aceptó y defendió el proyecto económico del presidente Zedillo que, como se sabe, fue el mismo que el de aquél. En este terreno las posturas de Labastida no se movieron ni un ápice: su oferta económica estuvo marcada por la continuidad, por defender las políticas seguidas desde varios años atrás (y por evitar establecer polémica alguna con sus adversarios en este ámbito).

Desde hace tiempo, el PRI se desplazó paulatinamente de un centro ideológico que solamente se distinguía si se le comparaba con las posturas del conservador PAN o con las diversas formaciones de izquierda existentes en el país. A partir de 1982, el gobierno emanado del partido tricolor llevó al máximo un ajuste estructural de la economía que afectó significativamente su proyecto político. El neoliberalismo fue el signo de los nuevos tiempos.¹⁹

el triunfo: “Hay mucho PRI en el gobierno para muchos años.” (*Reforma*, 5 de marzo del 2000: 3). Incluso se hizo acompañar constantemente de su padre, quien más adelante fue designado candidato plurinominal al Senado.

¹⁹ Macridis y Hulliung resumen en un cuadro las características del neoliberalismo de Estados Unidos, que sirvió de base para los tecnócratas mexicanos: “1. El actor principal en la sociedad —de hecho el actor fundamental— es el individuo que, usando la razón, es quien mejor puede satisfacer sus necesidades e intereses. La maximización del bienestar individual (la riqueza material y el beneficio) es la fuerza conductora de la economía. La demanda de los consumidores determina la oferta de bienes y la inventiva de los empresarios los proporciona. 2. El mercado libre es el sistema más fiable y flexible para regular la oferta y la demanda a través del mecanismo de precios. 3. El cambio (a menudo utilizado como sinónimo de progreso) se puede producir por medio de la dinámica del esfuerzo individual, la competencia y la actividad empresarial. 4. El individuo, sin embargo, no es sólo un ‘hombre económico’ al que se debe dejar libre para actuar de acuerdo con sus intereses; es también un hombre moral con una conciencia, voluntad y razón. Frenar los esfuerzos económicos de los individuos sería minar seriamente sus otras libertades y, lo más importante de todo, privarles de su derecho a desarrollar las propias vidas según su mejor juicio individual. 5. El Estado debe permanecer fuera del mercado.” (Macridis y Hulliung, 1998: 111). En general, los neoliberales basan sus acciones en la razón. Están abiertos al cambio aunque no precisamente en el terreno político. Son ellos quienes desmantelaron rápidamente el estado de bienestar y quienes han definido las condiciones para la reconstrucción económica de los países otrora socialistas y también de aquellos que experimentan procesos de democratización o de consolidación democrática. Han optado por el pluralismo en lugar de la aristocracia, lo cual también los distingue de sus compañeros conservadores, como los del Partido Acción Nacional.

Entonces comenzó a ahondarse una brecha entre los miembros del gabinete económico y los cuadros del partido (Dresser, 1996: 222). Aunque nunca cuestionaron directamente al presidente, diversos acontecimientos dan cuenta de las diferencias de los políticos tradicionales con los tecnócratas a lo largo de los últimos años: las vicisitudes de alianza con el PAN, el reconocimiento de las victorias electorales de la oposición, el manejo directo del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) por parte del Poder Ejecutivo, la reestructuración de las relaciones entre el gobierno y los sindicatos, los intentos de modernización del propio partido (incluyendo una frustrada transformación del nacionalismo revolucionario en liberalismo social); los asesinatos del candidato presidencial y del secretario general de la organización en 1994; la “sana distancia” entre el presidente de la República y el partido; las elecciones primarias para la selección de candidatos a gobernador y a presidente de la República entre 1996 y 1999.

Labastida se ubicó con claridad en la fracción tecnocrática. Pese a su pasado como viejo miembro de la clase política priísta, su experiencia como secretario de diversas dependencias que tenían que ver con el manejo del petróleo, de la agricultura y primordialmente de las relaciones políticas (en la Secretaría de Gobernación) no lo hacían del todo un tecnócrata “puro”. Sin embargo, el candidato estuvo en estos cargos bajo las órdenes de presidentes de esa corriente (De la Madrid, Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo), y no tuvo objeción alguna para tomar decisiones a partir del proyecto neoliberal.

PROPUESTAS Y PROMESAS DE CAMPAÑA

Con el fin de esclarecer las posiciones del abanderado presidencial priísta, trataremos a continuación de señalar sus principales propuestas en materia de política económica y de régimen político, a partir de los planteamientos hechos a lo largo de su campaña. Esto permitirá paralelamente estudiar su proyecto como parte de la fracción mencionada y su perfil específico dentro de la corriente del neoliberalismo. El asunto es crucial para poder ubicar de una vez al partido en el espectro ideológico de la derecha de la actualidad.²⁰

²⁰ Desde una perspectiva teórica, los neoliberales apuestan por el mercado por encima del Estado, de la sociedad y, hasta cierto punto, del individuo mismo. Para ellos la modernización

El candidato formuló un discurso que ponderaba su fuerza, su firmeza en la toma de decisiones, pero sobre todo un discurso compuesto casi exclusivamente de promesas. Para el sinaloense todos los problemas eran importantes y para resolverlos bastaba con contar con más recursos y con buenas dosis de valentía y voluntad. En materia de política económica, el candidato no hizo sino manifestar su fidelidad a los postulados del gobierno en funciones.

Ciertamente en algún momento de la campaña, Labastida calificó a su partido como una fuerza de centro e incluso cercana a las posturas de la “tercera vía”. Pero es evidente que la política económica y la falta de una propuesta de democratización del régimen político lo hacían una fuerza de derecha en el contexto político de esos momentos.²¹

En el ámbito económico, como ya se señaló, las propuestas no variaron respecto de la política gubernamental. El candidato partía del hecho de que no había crisis y más bien señalaba que:

Hoy ya no se discute si la economía crecerá o si podrá generar más y mejores puestos de trabajo. El debate está en otra parte: en las metas factibles y en los instrumentos idóneos para alcanzarlas.²²

Labastida fue aún más contundente:

Los cambios realizados durante las dos últimas décadas permitieron establecer nuevos y sólidos cimientos económicos, así como comenzar el proceso de corrección de los desequilibrios que nos conducían, de una manera que parecía

es una necesidad, el desarrollo tecnológico su herramienta y la democracia es la forma de gobierno que permite enfrentar los conflictos emanados tanto de la política estatal como del propio desarrollo económico. Según Giddens, esta corriente no enarbola la idea del Estado mínimo sino que resalta la importancia de un Estado firme para mantener la ley y el orden, fomentar los ideales nacionalistas, evitar el declive moral de la familia y asegurar la capacidad de defensa de la nación. Al concebir los mercados como “máquinas sin fricción que garantizan un crecimiento económico infinito”, el neoliberalismo no es conservadorista pues sustituye a la tradición por la razón del mercado (Giddens, 1996: 48 y ss). En el caso mexicano estaría en duda solamente la vocación democrática de los tecnócratas neoliberales que trataron, al menos, de refuncionalizar el autoritarismo y culminar el ajuste estructural sin impulsar la democratización (aunque sí la dejaron pasar).

²¹ “El PRI es un partido que históricamente ha estado en el centro. Yo diría que ahora que está de moda esto de la tercera vía ... la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos tiene muchas similitudes con esta corriente, porque a final de cuentas planteamos (una política) que consolide... la estabilidad del crecimiento económico, pero que le dé sentido social...” (*Milenio*, 11 de marzo del 2000: 8).

²² Cf. respuestas de Labastida a cuestionario, en Reyes Heróles (2000: 59).

inevitable a las crisis sexenales. Debemos consolidar esos cambios y abrir paso a una nueva era de nuestra economía, con capacidad de crecimiento y de creación de más y mejores empleos (A nadie sensato se le puede ocurrir destruir los cimientos ya establecidos) (Labastida, 2000: 45).

El abanderado priísta señaló tres ejes de su propuesta económica:

- Crecimiento económico con estabilidad de precios y generación de empleo.
- Invertir en la gente para elevar su calidad de vida.
- Alcanzar la equidad con igualdad de oportunidades para las mujeres, los jóvenes y las regiones más atrasadas (Labastida, 2000: 37-38).

Labastida definió las cifras que pretendía alcanzar: asegurar un crecimiento del producto interno bruto del 5%; elevar el ahorro interno de 22 a 26%; mantener un déficit en las finanzas en 1%; reducir la inflación a sólo 3 o 4%; conservar la flexibilidad del tipo de cambio de la moneda nacional; generar un millón de empleos por año y elevar la construcción de viviendas a 700 mil anuales. También prometió aumentar salarios por arriba de la inflación, triplicar el gasto en el sector agrario, incrementar en 30% el gasto en educación y apoyar más a la pequeña y mediana industria.

La propuesta adolecía de una clara orientación de las actividades industriales. Parecía que en ese rubro el candidato no contaba con propuestas o bien que asumía las líneas de acción ya establecidas por el propio gobierno.²³ Se comprometió a realizar lo que denominó una “segunda generación de reformas” constitucionales necesarias para asegurar el crecimiento: “...la reforma financiera y del sistema bancario; la reforma fiscal integral; la reforma del sistema de seguridad social y salud; la reforma de la educación pública y la reforma legal y del sistema judicial” (Labastida, 2000: 55). Con estas reformas se podría asegurar: “Una política económica de largo plazo que le permita saber a los mexicanos que, independientemente de quien esté en el gobierno, de qué partido esté en el gobierno, habrá rumbo de largo plazo...”²⁴

²³ En efecto, en alguna ocasión llegó a hablar de brindar apoyos a los micro industriales, no dejó de reconocer que las políticas seguidas hasta ese momento habían sido convenientes para la mayoría de los empresarios.

²⁴ Esto señaló en una reunión con integrantes del Instituto Mexicano de Ejecutivos de Finanzas, ante quienes declaró su compromiso de promover la inversión privada en los sectores petroquímico y eléctrico (*Reforma*, 28 de abril del 2000: 4a).

La política fiscal fue uno de los temas constantemente debatidos en la campaña. Los objetivos primordiales eran: a) aumentar la recaudación ampliando el número de contribuyentes y reduciendo la evasión; b) simplificación administrativa; c) promoción del ahorro y la inversión. En esencia, la propuesta de Labastida consistió en realizar una profunda reforma fiscal, que no afectara al gran capital sino que gravara a un mayor número de mexicanos para así obtener los recursos necesarios para impulsar el desarrollo.

Labastida definió con claridad su credo neoliberal cuando afirmaba que el mercado tenía la libertad:

...para cumplir su función de asignación de recursos; pero no se puede esperar que por sí mismo resuelva los problemas relacionados con una mala distribución del ingreso y la riqueza, con el desempleo, con la pobreza y con la marginación. Atender estas tareas es responsabilidad principal e ineludible del Estado... el mercado debe tener libertad para asignar los recursos conforme a sus reglas, pero al Estado corresponde asegurar que los beneficios del crecimiento se distribuyan de manera equitativa (Labastida, 2000: 55 y 71).

Cuando se trató de precisar las políticas de gasto social, el candidato solamente prometió más y más recursos: más escuelas, más viviendas, más computadoras, más inglés, más salarios, más créditos, más obras, más hospitales, más empleos. Al calificar a la pobreza como el “primer gran reto de México”, en la que reconocía se encontraban 25 millones de mexicanos, Labastida dijo que:

Es a ellos a quienes dará prioridad la política social de mi gobierno, atendiendo sus necesidades básicas y ofreciéndoles, además, recursos para proyectos productivos, porque es con su propio trabajo como lograrán romper el círculo de la pobreza. Apoyaré a los grupos vulnerables, pero sólo como un primer paso para consolidar su propia superación, mediante el trabajo y la generación de recursos que los hagan autosuficientes (en Reyes Heróles, 2000: 62).

De suerte que la política social sería selectiva, no tutelar y además orientada a generar condiciones de desarrollo para la iniciativa privada.

El número de promesas del candidato opacaba seriamente el de las propuestas. Sobre todo, dejaba la duda de dónde se iban a sacar los recursos necesarios para solventar tan extraordinarias acciones.

Ciertamente desechó cualquier política que tuviera que ver con el estado de bienestar de otra época. Pero no propuso más que la reforma fiscal para que el Estado se allegara mayores recursos que antaño.

En el campo, Labastida manejó también esta misma postura, aunque fue más explícito en las líneas que seguiría en su gobierno: a) fomentar la inversión productiva; b) generar más empleos y mejores salarios en el campo y c) superar las condiciones de pobreza.²⁵ Aquí también la promesa de mayores recursos fue reiteradamente prometida por el candidato tricolor.

Una toma de posición muy clara de su parte fue la de que no se reformaría el artículo 127 constitucional. Así defendió el marco legal instaurado por el presidente Salinas de Gortari (con el apoyo de Acción Nacional en el Congreso de la Unión).

El tema de las comunidades indígenas tuvo un tratamiento relevante por parte del candidato. La rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, que se mantenía en estado de guerra latente desde 1995, reclamaba al menos una toma de posición de parte de todos los candidatos presidenciales. Su propuesta de una “nueva política indigenista” se sintetizó en los siguientes puntos: 1) inversión de recursos para necesidades más apremiantes, para infraestructura productiva y para proyectos productivos y empresas sociales; 2) garantizar la aplicación de la justicia; 3) salvaguardar el derecho de usufructo de los recursos de los pueblos indígenas, así como la preservación y el fortalecimiento de las lenguas y la cultura indígena; 4) promover el empleo y otorgar capacitación para el trabajo.²⁶ No manifestó su definición de autonomía de las comunidades indígenas, tema que ha estado en el centro del debate desde 1994.

En cuanto al conflicto político, la postura de Labastida ya era conocida desde que fungía como secretario de Gobernación: los neozapatistas habían reclamado los elementos esenciales para subsistir y era necesario responderles; eso se había hecho y se seguiría haciendo mediante la inyección de un mayor gasto social en obras, bienes y servicios, así como la regulación de la vida de las comunidades indígenas.

²⁵ Cf. la política para el campo en Labastida (2000: 73-86). Un hecho curioso durante la campaña fue el que se suscitó en un acto cuando, al hablar de la inversión en el sector agrario, Labastida tuvo un lapsus: “Mi compromiso es muy claro: multiplicar por tres, desde el principio, el monto de los recursos de la Alianza para el Cambio... de la Alianza para el Campo” (*Reforma*, 13 de mayo del 2000: 8a).

²⁶ *La Jornada*, 14 de junio del 2000: 8.

Invitó al EZLN a convertirse en partido político para luchar por sus legítimos intereses dentro de la vía legal y, en caso contrario, afirmó que podrían llegar a convertirse en policías municipales de sus zonas de influencia.²⁷ La ironía del candidato dejaba ver su menosprecio hacia una expresión organizada de la sociedad, de las más influyentes en el cambio político de México en los últimos años.

En materia de salud, el abanderado tricolor se comprometió a contar con “buenos hospitales, buenos médicos y un trato digno”, así como a tener más medicinas e incrementar el número de derechohabientes del Seguro Social.

En lo referente a la seguridad pública, el candidato fue reiterativo en la idea del combate a la impunidad y a la corrupción. Habló de crear la Secretaría de Seguridad Pública, de depurar, capacitar e incrementar sueldos a la policía. Por otra parte, también señaló la necesidad de impulsar una cultura de la legalidad, a través del gobierno, de la familia, de la escuela, de los medios de comunicación, de las iglesias y de los empresarios. Propuso realizar reformas legales para garantizar la rendición de cuentas de los servidores públicos, para lo cual calificó de indispensable la creación de una Entidad de Fiscalización Superior de la Federación y ampliar las atribuciones de la Suprema Corte de Justicia en esta materia (Reyes Heróles, 2000: 68-70).

En materia de política educativa la postura del candidato no fue novedosa. Se declaró partidario de la educación de calidad, de mayor capacitación de los maestros y de mejores salarios. Prometió dar 30% de aumento al presupuesto en esta materia. Planteó incrementar en un año la educación preescolar, hacer escuelas de tiempo completo (con desayunos y comidas incluidas), fortalecer la enseñanza de español, matemáticas, historia y civismo e introducir clases de computación y de inglés desde la educación básica. Esta última fue una de las promesas más polémicas y llegó hasta utilizarse como parte de la publicidad de la campaña.²⁸ Por otra parte, la capacitación para los maestros es una tarea que de suyo se realiza cotidianamente, en gran medida debido al programa de estímulos denominado carrera

²⁷ *La Jornada*, 3 de marzo del 2000: 3.

²⁸ El candidato afirmó que destinaría 70 mil millones de pesos adicionales para introducir estos contenidos en ese nivel educativo. Labastida no parecía reparar en la falta de condiciones para hacer realidad tal propuesta, por las enormes carencias del sistema educativo en muchas regiones de todo el país.

magisterial, que funciona desde 1992. En este ámbito la oferta también fue otorgar más recursos para desarrollar una enseñanza de calidad.

En el nivel de educación superior, Labastida adoptó la política seguida por el presidente Zedillo y sus antecesores: elevar la calidad a partir del redimensionamiento de las universidades públicas en cuanto a cobertura y funciones. En este caso, la posición del candidato tricolor no fue la de conceder mayores recursos, sino hacer más eficientes a las universidades y generar normas “que aseguren la gratuidad para todo alumno que lo necesita y una beca para todo estudiante de excelencia” (Labastida, 2000: 102-103).

La explicación de esta postura radica en la incómoda presencia del movimiento estudiantil en la Universidad Nacional Autónoma de México. El conflicto estalló por un recorte al presupuesto para la institución y por la pretensión de las autoridades universitarias de incrementar las cuotas existentes desde hacía varias décadas. La movilización estudiantil (encabezada por el denominado Consejo General de Huelga [CGH]) derivó en un paro de actividades que duró diez meses (de abril de 1999 a febrero del 2000).

Como secretario de Gobernación, Labastida Ochoa poco pudo hacer ante el paro. Pero siempre fue pública su postura: descalificó al movimiento señalando la influencia del EZLN y otros grupos guerrilleros o del PRD y finalmente se dijo dispuesto a optar por la aplicación de la ley para la resolución del conflicto. Dicho en términos concretos, esta afirmación implicaba el uso de la fuerza por parte del gobierno para apresar a los participantes en la toma de las instalaciones universitarias.²⁹ Labastida simplemente confió en que la Universidad se recuperaría del lamentable trance y prefirió no comprometerse a conceder mayores recursos a este nivel educativo.

²⁹ Como contraparte, el presidente Zedillo planteó públicamente su desacuerdo con este tipo de salidas y envió a un representante suyo a la Rectoría de la Universidad, a quien finalmente le correspondió levantar la huelga por la vía del encarcelamiento sin violencia de los principales dirigentes del CGH. Las descalificaciones que había hecho el secretario de Gobernación cayeron por su propio peso: los estudiantes panistas no eran ni guerrilleros, ni perredistas, sino una expresión de izquierda radical (ciertamente autoritaria) en contra de las políticas neoliberales en la educación superior. Es de destacar la falta de tolerancia que parecía estar presente en el discurso de Labastida en cuando hacía referencia a expresiones sociales como el EZLN o el CGH. Sin concesión alguna hacia ellas, Labastida pronto también cuestionaría a su principal adversario electoral, Vicente Fox, refrendando esa falta de tolerancia hacia el contrario. Aunque los primeros hicieron críticas más agudas, el abanderado panista hizo mella en la campaña del candidato tricolor justamente por su amplia presencia en los medios de comunicación (lo que a la postre significaría, en buena medida, una de las razones de su derrota).

Finalmente, debe anotarse la concepción positiva de Labastida del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá. El candidato afirmó que gracias a dicho acuerdo:

...nos hemos convertido en parte de una de las más grandes y exitosas áreas económicas del mundo... El tratado ha dado certidumbre y reglas claras, que se han traducido en mayores flujos de inversión y creación de empleos en México... Su efecto ha sido positivo en áreas más allá del comercio; ha contribuido a fortalecer la estatura política de nuestro país y propiciado un mejor conocimiento entre los gobiernos y los pueblos de los tres países (Labastida, 2000: 179).

Por lo tanto, no había otra tarea más que preservarlo.

La oferta del abanderado tricolor en cuanto al régimen político brilló por su ausencia. No hubo autocritica, ni cuestionamientos al poder presidencial, a la inexistente división de poderes, a la falta de un auténtico federalismo, a las herencias históricas del autoritarismo. Salvo por las débiles críticas al viejo PRI y su supuesto empeño por fortalecer la democracia, Labastida no propuso un “cambio con rumbo” en cuanto a la forma de gobierno. Para él, la construcción de la democracia que se estaba desarrollando caminaba adecuadamente y como futuro presidente simplemente se comprometía a continuar por esa ruta.

LOS PROBLEMAS DE LA ESTRATEGIA DE PROSELITISMO

Ante sus adversarios, Labastida instrumentó una estrategia diferente a las de sus antecesores: optó por debatir, en ocasiones con aspereza, cuanta afirmación o hecho relacionado con la campaña pronunciaban o realizaban sus adversarios, en especial ante Vicente Fox. Pese a todo, Labastida pronto estuvo a la defensiva principalmente frente a los embates del abanderado de la Alianza por el Cambio. Éste, transitando desde hacía tiempo por el sendero de la sucesión, hizo críticas recurrentes a Labastida tanto como representante del régimen como en cuanto a su propia personalidad. Las impugnaciones, dichas en el lenguaje coloquial característico del panista, causaron escozor en repetidas ocasiones no solo al abanderado tricolor sino a su propio partido. La reacción fue siempre inmediata aunque poco eficaz: de pronto Labastida se encontró tratando de defenderse de comerciales televisivos, señales y palabras escatológicas, y de constantes cuestionamientos al régimen

político que representaba. La cobertura de la campaña foxista se amplió gracias a la propia estrategia de reacción inmediata que utilizó Labastida (y que pese a su ineficacia no fue cambiada en ningún momento de la campaña).³⁰

El desempeño del abanderado priísta en los debates fue otro elemento que se debe considerar para explicar el resultado de la elección. Hubo dos debates públicos entre los candidatos presidenciales; mientras que en el primero participaron los seis abanderados, en el segundo solamente los tres más fuertes. Mientras que el enemigo a vencer para casi todos era el postulado por el PRI, para éste lo fue el candidato panista, que en el momento del debate ya se había acercado significativamente en las encuestas a la opción priísta. Los resultados de ambos encuentros fueron poco promisorios para el PRI. Labastida reiteró sus promesas a la sociedad, cuestionó las descalificaciones de sus adversarios hacia la política económica y el régimen político (unas por irracionales y otras por irresponsables o reduccionistas), y enfatizó la idea del “cambio con rumbo” que ofrecía su partido político. Tuvo que aceptar su “falta de triunfo” en ambos intercambios públicos; una falta de triunfo que puso en entredicho la fortaleza del PRI en la ruta hacia la jornada electoral.

El PRI estaba consciente de que su votación debía crecer más allá de los casi 10 millones de electores que participaron en la elección primaria. Mientras más cerca se encontraba Fox, más se enfatizaba la necesidad de ampliar la diferencia. Las encuestas jugaron como nunca el papel de termómetros para medir el grado de aceptación de los candidatos. Si bien algunas llegaron a conceder la ventaja a Fox, la mayoría indicaba que Labastida iba adelante. No obstante, casi todas señalaban el notorio incremento de las preferencias ciudadanas en favor del primero (y la disminución de las mismas respecto del candidato de la Alianza por México, Cuauhtémoc Cárdenas). Muy pronto Fox se convirtió en una amenaza para el abanderado tricolor.

Y en realidad se le trató como tal. Después del segundo debate (en el que Labastida fue seriamente cuestionado por Fox y particularmente por Cárdenas) el PRI en su conjunto no escatimó recursos para con-

³⁰ El candidato presidencial del PRI calificó a su homólogo panista de “fascista”; de “populista de derecha”; de “vendedor de refrescos”, “irresponsable” y “loco”. Además tanto él como la presidenta nacional del partido, Dulce María Sauri, manejaron la idea de que la candidatura de Fox era producto de un pacto entre el PAN y Carlos Salinas de Gortari para reformar la Constitución y así el guanajuatense pudiera aspirar a la Presidencia de la República.

trarrestar la creciente campaña de la Alianza por el Cambio. El presidente cuestionaba la falta de lealtad hacia las instituciones electorales de parte de Fox; el PRI se enfrascaba en una denuncia por fondos del extranjero para los “Amigos de Fox” y en la acusación de fraude que presuntamente había cometido uno de los hermanos del panista; Labastida, por su parte, utilizaba sus actos masivos de campaña y sus *spots* publicitarios para acusar a Fox de ir al extranjero a ofrecer la venta de Pemex y de pretender convertir en jardineros a todos los migrantes mexicanos en Estados Unidos.³¹ Por otro lado, las promesas fueron más abundantes en sus discursos.³² Desafortunadamente para ellos, la preocupación por su más cercano competidor fue evidente, no solamente para el abanderado, para el PRI o para el presidente de la República, sino para importantes sectores del electorado que, inicialmente indeciso, al final optaría por apoyar al candidato que parecía poder derrotar al PRI.

Deben considerarse otros elementos que también incidieron en el desastroso resultado para el PRI en los comicios: por un lado el financiamiento para la campaña, que resultó ser menor al del candidato de la Alianza por México. En la medida en que esta coalición sumó los recursos públicos de los cinco partidos políticos coaligados (el más importante fue el PRD), el monto para su campaña rebasó el del PRI en la elección presidencial. Como es difícil saber la cantidad real de los recursos privados que utilizó el PRI para su proselitismo no puede sacarse alguna conclusión al respecto. Pero por lo menos puede desta-

³¹ Sobre Pemex, Labastida se dijo preocupado porque Fox, en su gira por Estados Unidos, pudiera “hacer un arreglo para vender Pemex a los extranjeros” (*La Jornada*, 6 de mayo del 2000: 3). Por otra parte, Labastida señaló que Fox había traicionado a México al recibir recursos del exterior: “¿Qué comprometió a cambio de esos recursos?” (*La Jornada*, 26 de junio del 2000: 8).

³² Varios ejemplos pueden mencionarse: ante la Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco), la corporación de comerciantes más importante del país, ofreció deducibilidad de impuestos, rebajas en servicios como cuotas de carreteras, gas, luz y diesel, todo para reducir la inflación, así como cadena perpetua a secuestradores; ante empresarios y obreros de Tlalnepantla, uno de los municipios más poderosos del Estado de México, se comprometió a “asumir el pago de la deuda de la mitad de lo que debe el gobierno del estado”, que en ese momento ascendía a 22 mil millones de pesos (*Reforma*, 8 de mayo del 2000: 4a). Ante campesinos de Nuevo León, se comprometió a detener la inflación desde diciembre del 2000, reduciendo los precios del diesel agrícola y el gas doméstico para los campesinos. Dijo que mejoraría los precios de los productos agrícolas básicos y que eliminaría a los intermediarios, incluso afirmó que “para garantía de los productores del campo, el gobierno les comprará la producción que por diversos motivos no vendan oportunamente” (*Milenio*, 11 de junio del 2000: 6).

carse el hecho de que, en cuanto a financiamiento público, el partido se vio limitado en su desempeño electoral.

Otro factor de importancia fue el de las escisiones sufridas por el partido en el proceso de sucesión presidencial; reflejo de la falta de cohesión de la coalición dominante. De suyo, éste era un fenómeno presente desde 1996: los cuadros que se quedaban a la mitad en el proceso de selección de candidatos a algún puesto de elección popular tenían ahora la oportunidad de continuar su carrera política fuera del partido, para ser candidatos del PAN o del PRD y así ganar incluso una elección constitucional. Hubo defecciones en el PRI en diversos niveles, particularmente cuando se escogieron candidatos a diputados y senadores.³³ Ninguna de ellas afectó de manera contundente el resultado de la elección presidencial pero contribuyó a erosionar la cohesión de la coalición dominante partidista.

Finalmente un elemento que debe considerarse es el marco legal de la elección. Antaño el uso de recursos del erario público en favor del PRI había sido un elemento que desbalanceaba la competencia electoral. En la actualidad hubo dos razones por las cuales, a pesar de contar con los puestos más importantes de gobierno, el PRI no logró utilizar esa ventaja: por un lado, debido a las limitaciones que le imponía el marco normativo del proceso electoral; por otro, el hecho de que sus contrincantes también hicieran uso de esos recursos en favor de sus respectivos candidatos. La inequidad se redujo significativamente en este proceso, no tanto en el orden normativo sino en el terreno de la *praxis* política.

³³ Durante los comicios se escindieron: Alfonso Durazo, quien fuera secretario del malogrado candidato priista en 1994, Luis Donald Colosio; Mauricio Valdés, ex dirigente del PRI en el Estado de México; José Ojeda Jiménez, ex presidente del Movimiento Nacional Indígena de la Confederación Nacional Campesina, afiliada al PRI; Andrés Rosenthal, ex embajador de México en Gran Bretaña y ex subsecretario de Relaciones Exteriores en el gobierno de Salinas de Gortari; Juan José Castro, ex presidente del PRI en Guerrero; Florencio Salazar Adame, ex secretario de gobierno en Guerrero (quien fue nombrado coordinador de Adhesiones en el comité de campaña foxista); Sergio Román Velázquez, ex candidato a la presidencia municipal de Almoloya; José Luis Leyson, ex presidente municipal de Guasave, Sinaloa; José María Pino Méndez, líder del Congreso local zacatecano durante la gubernatura de Genaro Borrego y coordinador local de la precampaña de Madrazo en 1999. Todos ellos se sumaron a la campaña del candidato de la Alianza por el Cambio. A finales de mayo y principios de junio, dos secretarios generales adjuntos del CEN renunciaron a la militancia: Manuel Flores Bove, quien había participado en la precampaña interna apoyando a Humberto Roque, adujo como razón al trato irrespetuoso y hasta rechazo de parte de Moctezuma Barragán; por su lado, Luis Farías Mackey manifestó que su salida se debía a diferencias con el priismo de Nuevo León. Sobre estas dos últimas defecciones consúltense *Reforma*, 29 de mayo del 2000: 3a y *Reforma*, 1 de junio del 2000: 8a.

EL RESULTADO DEL 2 DE JULIO

Por vez primera en su historia, el PRI perdió la elección presidencial. Por si fuera poco, no ganó la mayoría calificada en la Cámara de Senadores ni la mayoría relativa en la de diputados. Adicionalmente volvió a perder la jefatura de gobierno del D.F. y las gubernaturas de Guanajuato (en manos del PAN desde 1991) y Morelos. Lo más importante fue que, lejos de aquellas épocas de “carro completo”, es decir, de triunfo total, el PRI pasó el trago amargo de perder la Presidencia de la República.

De las cifras arrojadas por el Programa de Resultados Preliminares del Instituto Federal Electoral se pueden resaltar algunos elementos en cuanto al desempeño electoral del PRI en la contienda.

Mientras que Fox consiguió la victoria con el 42.52% de los votos, Francisco Labastida Ochoa logró el 36.10%, en tanto que Cuauhtémoc Cárdenas quedó rezagado con apenas un 16.64%. En la elección de diputados y senadores el PRI logró cifras similares (36.86 y 36.74, respectivamente), en contraste con los otros competidores, quienes vieron mermadas sus cifras en ambas elecciones (por el fenómeno del voto diferenciado en favor de Fox).

En la elección presidencial y a nivel de entidades de la República, el PRI solamente consiguió la mayoría de los votos en los estados de Sinaloa (63.87%), Nayarit (48.68%), Durango (44.19), Campeche (43.60), Hidalgo (43.49), Chiapas (43.1), Oaxaca (42.66), Guerrero (42.60), Tabasco (39.44) y Tlaxcala (36.45). De estas entidades, dos (Nayarit y Tlaxcala) son gobernadas por partidos diferentes al PRI. Por otro lado, aunque perdió la elección presidencial en algunas entidades (Baja California Sur, Coahuila, Tamaulipas, Quintana Roo, Veracruz, Yucatán y Puebla), en los casos de diputados y senadores obtuvo la mayoría de los sufragios.

El PRI perdió los comicios en todos los niveles en las entidades de Baja California, Guanajuato, Jalisco, Aguascalientes, Nuevo León y Querétaro, todas ellas gobernadas por el PAN, así como en Zacatecas y el D.F., en manos del PRD. Colima, Sonora, Chihuahua, Estado de México, Michoacán y San Luis Potosí fueron entidades con gobiernos estatales controlados por el PRI en los cuales este partido fue derrotado en todas las pistas. Morelos es un caso aparte pues estando en manos del tricolor, tanto los comicios locales como los federales fueron ganados por una coalición opositora.

Como se puede apreciar, las cifras más consistentes del PRI se dan en las entidades donde tradicionalmente encuentra un caudal de votos importante. Por el contrario, en los estados gobernados por el PAN, el PRI no consiguió allegarse más votos. En el caso de las entidades gobernadas por el PRD, en algunas el triunfo fue para el PRI y en otros fue la Alianza por el Cambio. El perredismo solamente alcanzó la mayoría de los votos en Michoacán, la tierra natal de su candidato presidencial, y en las elecciones locales del D.F.

Los datos de las elecciones de diputados y senadores nos pueden dar un panorama general de la presencia electoral del PRI en todo el territorio nacional. Lo que resalta es la distribución de los sufragios principalmente entre el PRI y la Alianza por el Cambio y, en menor medida, con la Alianza por México. El partido tricolor conquistó todos los distritos en las entidades de Campeche, Hidalgo, Nayarit y Tlaxcala. Destacan estas dos últimas por el hecho de contar con gobernadores no priístas. Asimismo, el PRI ganó casi todos los distritos excepto uno en Sinaloa, Chiapas, Guerrero y Oaxaca. Como contraparte, no obtuvo más que un distrito en Guanajuato y Querétaro (con gobernadores panistas) y en Michoacán y Morelos (en el caso de Colima obtuvo uno de dos). Finalmente el PRI no consiguió ningún distrito en Aguascalientes, Baja California y el D.F. Alcanzó 132 triunfos de mayoría; como complemento, el partido ganó 79 curules por la vía de la representación proporcional.

En cuanto a la Cámara de Senadores, el partido conquistó 32 senadurías de mayoría relativa en 16 entidades de la República. Quince las obtuvo como primera minoría en un número igual de estados y en el Distrito Federal no consiguió ningún triunfo. La representación proporcional le concedió 13 escaños más.

CONCLUSIONES

Después de la elección interna, el Partido Revolucionario Institucional parecía caminar con pie firme hacia la presidencia de la República. El respaldo popular que los datos de las primarias habían arrojado daban la impresión de que era factible el triunfo el 2 de julio.

Estimulado por sus simpatizantes el candidato presidencial del PRI comenzó su campaña en noviembre mismo, enarbolando banderas semejantes a las que había planteado en la precampaña. Paralelamente buscó limar asperezas con sus contrincantes en la contienda interna.

Inicialmente sin mayores compromisos de participación en la campaña, a Manuel Bartlett y Humberto Roque les correspondió aparecer como candidatos al Senado de la República. Con Roberto Madrazo tuvo más complicaciones pues el tabasqueño tardó mucho en reconocer su derrota. Pese a todo, éste no abandonó el partido ni dejó de apoyar la campaña del sinaloense, a tal grado que la entidad sureña sería una de las pocas donde el PRI superaría al resto de los competidores.

El equipo de campaña de Labastida se integraría con un conjunto de dirigentes cercanos al candidato y al presidente Ernesto Zedillo. Las diferencias entre las corrientes se definieron en la elección primaria, pero no se resolvieron satisfactoriamente. La línea del equipo del candidato fue puesta a prueba por un tiempo, sin que resultara eficaz ante los embates de sus adversarios del PAN y del PRD. Fue entonces cuando el viejo PRI, literalmente, regresó por sus fueros pretendiendo impulsar la campaña hacia la victoria. Pese a todo, la coalición dominante del partido no terminó de cohesionarse al calor de la campaña y finalmente sus estrategias no permitieron contrarrestar el ímpetu del principal adversario electoral.

El candidato priísta estuvo casi siempre a la defensiva ante los ataques de sus contrincantes. Tanto en los medios como en la movilización y en los debates públicos, Labastida fue incapaz de mostrar un proyecto acabado de nación que se distinguiera del correspondiente al gobierno en funciones. Ni el candidato ni el partido lograron demostrar las cualidades de su oferta por encima de las otras. Es probable que el cúmulo de promesas que Labastida emitió hayan servido para alimentar la desconfianza de los electores ante un PRI de suyo agotado.

Resulta difícil evaluar en este espacio la contribución a la derrota del PRI de factores como el cambio cultural, el financiamiento público y privado a los partidos o las mismas tendencias electorales que evidenciaban desde hace años la decadencia del partido en el ámbito electoral. Lo que sí puede señalarse es que tanto la falta de cohesión de la coalición dominante como la carencia de un claro proyecto de cambio ante el programa neoliberal fueron factores que contribuyeron significativamente a la caída del otrora partido hegemónico.

Estos factores son tan importantes que hoy el futuro del PRI depende tanto de una adecuada reestructuración de la coalición dominante sin el presidente de la República, como de la redefinición ideológica de cara a tres grandes referentes: ante el modelo neoliberal, frente a un gobierno explícitamente neoconservador y a la luz de su nuevo papel como partido de oposición en el régimen político en construcción.

BIBLIOGRAFÍA

- Dresser, Denise
1996 "Muerte, modernización o metamorfosis del PRI: neoliberalismo y reforma partidaria en México", en María L. Cook, J. Molinar y K. Middlebrook, eds., *Las dimensiones políticas de la reestructuración económica*, Cal y arena, México.
- Giddens, Anthony
1996 *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Cátedra, Madrid.
- Labastida, Francisco
2000 *La gente hace el cambio*, Océano, México.
- Langston, Joy
1996 *Why Rules Matter?: The Formal Rules of Candidate Selection and Leadership Selection in the PRI, 1978-1996*, Centro de Investigación y Docencia Económicas (Documentos de Trabajo, núm. 58) México.
1997 *The PRI Governors*, Centro de Investigación y Docencia Económicas (Documentos de Trabajo, núm. 66) México.
- Macridis, Roy C. y Mark L. Hulliung
1998 *Las ideologías políticas*, Alianza editorial, Madrid.
- Morris, Stephen D.
1995 *Political Reformism in Mexico. An Overview of Contemporary Mexican Politics*, Lynne Rienner, Colorado.
- Panebianco, Angelo
1990 *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*, Alianza editorial, Madrid.
- Reveles Vázquez, Francisco
2001 "La selección de candidato presidencial en el PRI: entre lo viejo y lo nuevo", en *Argumentos* (en prensa).
- Reyes Heróles, Federico, coord.
2000 *Hacia la presidencia en el 2000*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sartori, Giovanni
1992 *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza editorial, Madrid (segunda reimpresión).

HEMEROGRAFÍA

La Jornada
Reforma
Milenio